

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Sanders¹ entregaba el correo todas las semanas y yo, lo distribuía a la persona al que iba dirigido, acercándoselo hasta los amplios escritorios correctamente dispuestos en el enorme salón. Era para alguno de los escritores de la editorial Universo a los que devolvían -en cajas color madera- sus manuscritos corregidos y aceptados. De ahí, la ansiedad con que se esperaban esas cajas, a veces livianas, otras pesadas, según el trabajo y la inspiración del autor, y la acción del corrector, a menudo cuasi un censor.

En aquel tiempo también aspiraba a convertirme en escritor pero era sólo eso, nada más que un aspirante, y la página en blanco se asemejaba a una montaña de hielo que era incapaz de escalar. Aguardaba atento los comentarios de los escritores, sus caras de desencanto o alegría, y de reojo trataba de leer sus producciones. ¿Vendrían las musas en mi ayuda? ¿Estaría algún día ansioso al recibir las cajas con mis nóveles escritos? ¿Sería un ensayo, un cuento o una novela que hablara de mis ancestros o de mi historia personal?

Así transcurrían las mañanas y las tardes sin que me animara a dejar de ser simplemente el distribuidor de los mensajes. ¿Qué esperaba? Quizá encontrar un talismán, una piedra hechizada, una poción mágica que me convirtiera en escritor.

Por bastante tiempo todo siguió igual hasta el día en que asomé desesperado a una caja que me tenía como destinatario y al abrirla, encontré una vieja zapatilla. Sí, me pareció de muy mal gusto esa broma tan pesada, mi enojo hizo que la dejara en un rincón del salón, pero a mi pesar, cada mañana pasaba a su lado y me llenaba de odio, devorado por el deseo de saber quién había sido el autor de tan pesada misiva.

No recuerdo cuánto pasó hasta que la encargada de la limpieza me preguntó qué pensaba hacer con esa caja que ella no sabía adónde colocar. La levanté del suelo y cuando saqué la zapatilla para arrojarla a la basura, encontré en el fondo de la caja el siguiente mensaje: “La otra zapatilla la ponés vos. Con esta sola no podrás andar, esto es como el oficio de escritor: gastar los caminos, andar distintos senderos, dejar volar la imaginación pero seguir ciertas reglas. Ilustrarse y aprender. Me ofrezco para ayudarte a marcar el rumbo para encontrar tu propio estilo a identificarte con algunos autores, a estar seguro de qué es lo que deseás contar. Javier Cardini”.

Desde ese momento mi pasividad devino acción y así empezamos Javier y yo. Él fue mi mentor, mi maestro y mi guía como los antiguos pedagogos griegos, y como los peripatéticos recorrimos mentalmente el mundo de la literatura, de la filosofía y de la historia. Leímos, discutimos, reflexionamos y al fin, me quedé aquí, en Argentina. En esta Argentina americana, de pampas extensas, de alturas infranqueables, de desolados desiertos, y de selvas y ríos caudalosos. La América de la literatura fantástica, de los poemas de amor, de las penas y alegrías de sus pueblos, intentando “pintar mi aldea” para describir el mundo. Y me dediqué a reflejar esta tierra exfoliada, despojada de sus tesoros soterrados, vendida una y otra vez al imperio del momento por aquellos a los que no les importó hacerla grande.

¹ Basado en un párrafo de *El buscador de finales*, de Pablo de Santis.

Recibo ahora cajas con mi nombre, escritos corregidos que no siempre se publican porque algunas veces molestan y otras duelen pero ahí va, y así sigo desnudando lo que muchos no quisieran ver desnudo.